

Prosperidad sin Crecimiento. Economía para un planeta finito

Tim Jackson
Icaria Editores, 2011
Barcelona, España

Jairo Alonso Bautista*



Los fantasmas del estancamiento y decrecimiento azotan hoy a las economías del mundo, los “*policy makers*” se preocupan en este contexto por resolver la cuestión sobre el conjunto de acciones que se deben emprender para recuperar la “prosperidad perdida” y las épocas doradas del crecimiento económico acelerado. El crecimiento es la variable clave para medir la salud de la economía de un país, pues expresa la capacidad para producir bienes y servicios así como la capacidad de su población para consumirlos, el crecimiento incrementa el ingreso de los habitantes de un país y este se relaciona con el “bienestar” de las personas.

Contra esta creencia, Tim Jackson dedica las 266 páginas de su obra, retando los conocimientos y supuestos elementales de la gestión económica dominante, según la cual crecer más debe ser siempre el objetivo de las políticas económicas. Jackson parte de una idea sencilla: la economía del mundo actual está inmersa en una encrucijada de la cual depende el futuro de la humanidad, nuestros modelos y prácticas económicas de crecimiento, riñen de una manera cada vez más intensa con la sustentabilidad de la vida humana en la tierra.

* MSc. en Administración Pública, estudiante del Doctorado en Modelado en Política y Gestión Pública y docente de planta de la Universidad Santo Tomás, Bogotá - Colombia.
jairbautista@usantotomas.edu.co
Enlace ORCID: orcid.org/0000-0003-1344-1692

Esta no una preocupación nueva, desde la publicación del informe *Bruntland* y los trabajos de los primeros economistas ecológicos en los años 50 y 60 del siglo pasado, el mundo es relativamente consciente de las limitaciones ambientales de un modelo económico basado en el consumo permanente y creciente de bienes materiales, la presión sobre los ecosistemas de donde salen los insumos para producir tales bienes, y el impacto negativo que se crea al depositar en el medio ambiente los residuos de los procesos productivos, así como de los bienes “inútiles” o basura.

Jackson aborda este problema desde un enfoque innovador: “lo que se ha perdido en las últimas décadas no es el crecimiento o el bienestar humanos, en realidad lo que hemos perdido es la capacidad para reconciliar nuestras aspiraciones a una buena vida con las restricciones que un planeta finito nos impone” (Jackson, 2011, p.21).

Desde esta perspectiva, orienta un debate alrededor del crecimiento y su vinculación con nuestras ideas sobre la prosperidad, indicando que en efecto lo que suele estar mal es lo que pensamos alrededor del tema, vincular prosperidad y crecimiento no permite otra alternativa diferente al caos y la insostenibilidad ambiental. Es claro que los fenómenos de cambio climático, unidos a la escasez de insumos estratégicos (cobre, zinc, coltan, etc) están marcando cada vez más, el límite ecológico de nuestra civilización.

Jackson plantea un debate más profundo en el que intenta señalar un conjunto de aspectos problemáticos de los modelos económicos dominantes: el primero de ellos es la irresponsabilidad de los decisores y formuladores de política, y los agentes más importantes en la economía global -especialmente los financieros- que han tomado acciones arriesgadas, empleando a fondo los recursos y capacidades de acción estatales, para aumentar las tasas de crecimiento económico sin medir el costo de dichas medidas.

Esto ha llevado no a un crecimiento “suave y sostenible”, sino a crecimientos perturbados y “gigantescos” seguidos de “profundas y peligrosas” crisis económicas, en las cuales se retrocede en materia de bienestar colectivo y personal, y cuya recuperación demanda una cantidad cada vez mayor de recursos económicos. La crisis del 2008, que ha costado en los países industrializados más de 7 billones de dólares de recursos públicos, es una muestra del peligro que encarnan unos agentes en los mercados, liberados al albedrío de sus decisiones y sin mucha conciencia de los efectos globales de sus decisiones.

Esto resulta paradójico pues en la medida en que para incentivar el crecimiento, los Estados permiten prácticas más riesgosas por parte de los agentes en los mercados o asumen a través de las políticas públicas la tarea de movilizar recursos para el crecimiento económico, las cuales terminan en consecuencias indeseables: permanentes estados de déficit fiscal para aumentar la capacidad de consumo interna, incentivos a los ciudadanos para endeudarse, para comprar las cosas que permiten recuperar la “prosperidad” perdida.

Un segundo aspecto crucial en la reflexión de Jackson es que nuestra idea de prosperidad es errada, lo que significa “prosperidad” para las personas es un complejo conjunto de factores (económicos, sociales, históricos, psicológicos). Mientras que el individualismo (signo del capitalismo occidental) plantea una idea muy reducida de prosperidad entre las personas: todo está bien, si yo estoy bien, y yo estoy bien si tengo para consumir los bienes y servicios que me dicen que estoy bien.

Esto conlleva una desvinculación de la prosperidad individual de la prosperidad general y la vinculación de la prosperidad con la idea de opulencia -disponibilidad permanente y creciente de bienes materiales-, y estas ideas tienen como consecuencia que nuestros modelos de prosperidad basados en el crecimiento no tengan ninguna posibilidad en un futuro muy corto.

En este sentido Jackson señala la necesidad de dar paso a una economía donde la prosperidad individual y colectiva vayan de la mano, y donde se identifique la prosperidad con la “utilidad de las cosas” o con las “capacidades de florecimiento”, donde la premisa no sea que en todo momento y en todo lugar “mas, siempre sea mejor”. Lo cual implica la necesidad de crear nuevos indicadores que midan el bienestar y la prosperidad económica, y planteando una crítica a la utilidad del PIB (PNB) para medir la multiplicidad de factores que inciden en la prosperidad humana (los servicios del hogar, las acciones de voluntariado, las prestaciones de los bienes ambientales, la no contabilización de los daños ambientales).

Jackson hace énfasis en la importancia de comprender el bienestar como realización -siguiendo los trabajos de Sen y Nusbawn- en el cual las capacidades humanas esenciales están relacionadas con la vida, la salud física, la integridad física, la razón práctica, los niveles de afiliación social y el juego y control del entorno propio. En este sentido, una nueva generación de políticas económicas debe abrirse paso: aquellas que se centren en aspectos relacionados con las dimensiones del florecimiento personal, y que hagan compatible la estabilidad económica con las capacidades de florecimiento humano.

El autor no generaliza su crítica contra el actual modelo de crecimiento económico: de hecho rescata la necesidad de crecer como forma de mantener la estabilidad social y evitar lo que denomina “las consecuencias humanitarias de las crisis económicas”, plantea el crecimiento como una alternativa válida en los países con menor nivel de ingreso, pero con la restricción de que dicho crecimiento económico deberá llevar aparejado el postulado de “desvinculación absoluta”, es decir, un crecimiento que deje de depender linealmente del uso de recursos materiales y por ende que reduzca la presión sobre los ecosistemas.

Esta desvinculación solo será posible cuando la “jaula de hierro” del consumismo se pueda quebrantar: la presión humana por consumir más bienes que presiona por recursos naturales escasos, generando presión por aumentar la productividad de los factores - trabajo especialmente-, e innovaciones que cambien las formas de consumir lo que tradicionalmente se ha consumido, acelerando las tasas de consumo y reduciendo el nivel medio de duración del mismo.

Jackson deja para el final las recomendaciones de política, para lograr una economía de la prosperidad: una macroeconomía verde donde el motor del crecimiento no se relacione con el consumo sino con el desarrollo de un sistema de producción de bienes “inmateriales”, con un uso altamente eficiente de la energía y los recursos disponibles, con cambios de enfoque en la gestión del trabajo y un nuevo papel de la “productividad laboral”.

En segundo lugar, desarrolla los lineamientos para la construcción de una “economía del florecimiento” la cual requiere tanto economía como nuevas herramientas para la comprensión psicológica y social, para superar lo que el autor denomina “recesión social” y que implica la definición de nuevos estándares y objetivos para la vida de las personas, vivencias y experiencias alejados del consumismo, que suponen la profundización de tendencias como la “revolución tranquila” o la “simplicidad voluntaria”, que son arreglos económicos que se basan en la aplicación de principios como el altruismo, con una acción del gobierno que permita el encausamiento de nuevas estructuras sociales, con ello el autor más que una *revolución* de la economía propone una *evolución* de las formas y los arreglos económicos.

Este es quizás uno de los temas donde el autor deja muchos elementos sin resolver: ¿Cuáles deben ser los diseños de la política pública para la nueva economía que se reclama? ¿Cuáles las instituciones fiscales, las prioridades en la asignación del gasto, los incentivos que se ofrecerán para que los demandantes y productores se acomoden lentamente a los nuevos lineamientos? Este es quizás un campo donde falta mucho por realizar en términos del diseño e implementación de políticas públicas y uno de los frentes de mayor debate en el contexto actual.